CONVERGENCIA
REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

https://doi.org/10.29101/crcs.v33i0.28170

Gestión emocional de los trabajos: la experiencia de las trabajadoras agrícolas en Chile

Emotional Labour Management: The Experiences of Female Agricultural Workers in Chile

Lorena Armijo https://orcid.org/0000-0003-4980-9524

Universidad Católica Silva Henríquez, Chile, larmijog@ucsh.cl

Pamela Caro* https://orcid.org/0000-0001-8177-9295

Centro CIELO, FACSOED, Universidad Santo Tomás, Chile, pamelacaro1@santotomas.cl

*Autora de correspondencia: Pamela Caro, pamelacaro1@santotomas.cl

Abstract: There is a rich debate surrounding emotional management in paid work within the social sciences; however, its application to unpaid work under precarious living conditions is more recent. This article examines the experiences and emotional meanings that female agricultural workers in the Maule region of Chile attribute to their work, linking them to gender identity elements from a phenomenological perspective. The findings show how the interviewees emotionally manage the pain, shame, and sadness stemming from their work, shaping or suppressing these emotions through pride, sacrifice, solidarity, and moral responsibility—mechanisms that ultimately enable the reproduction of life. Nevertheless, we conclude that this emotional management shifts the responsibility onto their intimate lives, thereby attenuating demands placed on employers and the state, while obscuring limited family co-responsibility to ensure fairer and more dignified working conditions.

Keywords: seasonal women workers, emotional labour, precarious living conditions, unpaid work, Chilean Central Valley.

Recepción: 04/05/2026

Aceptación: 13/08/2026

Publicación: 22/09/2026

Resumen: Existe un rico debate sobre las emociones en el trabajo remunerado en las ciencias sociales; sin embargo, sus interpretaciones en relación con los trabajos no remunerados en condiciones de precariedad de la vida son más recientes. Este estudio aborda las experiencias y los significados emocionales que las trabajadoras agrícolas chilenas de la región del Maule atribuyen a sus trabajos y los asocia con elementos identitarios de género desde una perspectiva fenomenológica. Los resultados

muestran cómo las entrevistadas gestionan emocionalmente el dolor, la vergüenza y la tristeza derivados de sus trabajos, y los moldean o suprimen por orgullo, sacrificio, solidaridad y responsabilidad moral, que permiten la reproducción de la vida. No obstante, concluimos que esta gestión eficaz hace que se desplace la responsabilidad hacia su vida íntima, atenuándose la exigencia dirigida a empleadores y al Estado, con baja corresponsabilidad familiar, de garantizar condiciones de trabajo más justas y dignas.

Palabras clave: jornaleras agrícolas, trabajo emocional, condiciones de vida precarias, trabajo no remunerado, Valle Central de Chile.

Introducción[1]

La fruticultura se ha convertido en el modelo de negocio estrella de la agroindustria en América Latina, no sólo porque ha logrado reconvertir una larga tradición del sistema hacendal en una reprimarización de las exportaciones o venta de recursos naturales poco transformados (Puyana, 2017; Cuevas y Budrovich, 2020), sino también porque ha desplazado formas de producción, organización del trabajo y reproducción social que no se adaptan a las necesidades de las agroexportadoras (Bendini y Steimbreger, 2016). La fruticultura ha entrado en una etapa en la que, para mantener las altas tasas de beneficio y su expansión territorial, el sector desarrolla una estrategia que aumenta la presión sobre el medio ambiente y el mercado de trabajo sin que aporte principalmente al bienestar de las comunidades (Olea-Peñaloza y Baeza-Rivas, 2022; Valdés, 2023; Cerda, 2022; Gadea *et al*., 2021).

Según la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO, 2025), el avance del neoextractivismo y sus desfavorables condiciones laborales presentan disparidades en América Latina, a pesar de que todos los países experimentan cambios en sus estructuras de empleo relativas al incremento de asalariados/as agropecuarios/as privados/as sin contrato y trabajadores/as migrantes (Pérez, 2023). El aumento del empleo de mujeres se concentra en sectores orientados a la exportación que requieren mucha mano de obra, principalmente en puestos estacionales, lo que además reproduce las brechas de género (Pérez y Krivonos, 2021).

1 El artículo presenta resultados del Proyecto ANID/FONDECYT/REGULAR/ N°1240510, por lo que agradecemos a ANID/FONDECYT (Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo/Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología).

Chile puede considerarse un caso exitoso en América Latina, ya que cuenta con un sector rural más orientado a los servicios y otras actividades económicas no agrícolas, y una proporción considerablemente mayor de asalariados/as agrícolas con contrato formal, entre los que se encuentran mujeres, jóvenes y población con estudios (FAO, 2025; Pérez, 2023). En el país persiste una escasez relativa de mano de obra debido a que se ha exacerbado el modelo del monocultivo, generándose una demanda mayor en un mismo momento del tiempo, por lo que la oferta de empleo se ha dirigido a migrantes durante los periodos de cosecha, especialmente de frutales, en los últimos años.

Las trabajadoras estacionales de subsistencia no sólo obtienen ingresos que crecen a un ritmo menor que los de los hombres en igual ocupación, sino que también están más expuestas a condiciones de baja seguridad social y limitados derechos laborales, y reciben menos reconocimiento social (Barrientos *et al*., 2004; Bengoa, 2020; Pérez *et al*., 2020). La concentración en este tipo de trabajo agrícola se explica por la existencia de mecanismos de contratación y formas de pago flexibles legalmente (Valero *et al*., 2015), que impactan directamente en los ingresos y también sobre la salud física y mental.

Si bien los componentes sociales y económicos del modelo primario han sido ampliamente discutidos en América Latina (FAO, 2025; Pérez, 2023; Pérez y Krivonos, 2021), con un foco sustantivo en las trabajadoras agrícolas (CEPAL, 2012), se ha prestado una menor atención a los efectos del modelo en el "trabajo emocional" no monetizable y su relación con el trabajo reproductivo. Estudios en el agro muestran la existencia de problemas emocionales, como la presión por ganar más dinero en el trabajo a destajo y la naturalización de la angustia y desconfianza o la tristeza como expresión del bajo reconocimiento social, que posteriormente traspasan a sus familias en forma de irritación (Caro *et al*., 2024; Hernández *et al*., 2020).

Tanto las condiciones laborales como las percepciones subjetivas de identidad laboral o de autonomía en la toma de decisiones revelan la desigual posición de las trabajadoras en la agroindustria, mientras se desconoce cómo la desigualdad socioafectiva de este grupo se produce mediante el trabajo emocional. Una parte importante del conocimiento producido en materia de emociones en la región ha quedado subsumida en los estudios del cuerpo y/o la afectividad, sin acotarse un quehacer propio. Pese a esto, en las dos últimas décadas se han generado distintos esfuerzos por investigar sobre las emociones bajo el supuesto de que éstas se producen

en los vínculos sociales y son potenciadas en estructuras afectivas particulares que emergen de patrones relacionales de cuerpos sintientes en procesos que involucran pasiones, deseos o sensibilidades (Ariza, 2020; Sabido, 2011; Scribano, 2016).

Este estudio se inscribe en los debates sobre las emociones ya existentes en nuestra región (Ariza, 2020), a partir de las siguientes preguntas de investigación: ¿Cómo viven y qué significado emocional atribuyen las trabajadoras agrícolas en Chile a su trabajo productivo (huerto y *packing*) que se realiza sin descuidar ni compartir el trabajo reproductivo?, ¿qué elementos identitarios de género se asocian al trabajo emocional de las trabajadoras agrícolas según sus experiencias laborales y familiares? Recurrimos a trabajadoras de las comunas de Teno y de Romeral, pertenecientes a la región del Maule. Y, en un sentido más amplio, consideramos el caso chileno para el análisis, porque exhibe un perfil consistente de transformación productiva, con tasas elevadas de crecimiento en la productividad laboral asociadas a un componente tecnológico e institucional en su desempeño, así como mayores niveles de formalización entre las mujeres (FAO, 2025).

Estas ventajas respecto a otros países de la región podrían presionar a la fuerza laboral por cumplir las expectativas y ritmos de la producción asociados a la cosecha en la competencia internacional donde "la fruta no puede esperar", y al mismo tiempo, las trabajadoras agrícolas deben seguir cumpliendo con el mandato de género en sus familias, en contextos de trabajo precario que ponen a prueba su capacidad emocional (Valdés, 2022).

Existen diferencias en las características del tipo de trabajo que realizan estas trabajadoras de acuerdo con el lugar físico. En los huertos, se realizan tareas de precosecha, cosecha y poscosecha, donde comparten espacio tanto hombres como mujeres, y donde se ha insertado de manera progresiva población migrante transfronteriza. Gran parte del proceso de producción se realiza pagando por unidad de medida, a destajo. Con alta presencia de intermediadores contratistas, aun cuando no hay estadísticas por lugar de trabajo dada la falta de fuentes.

El trabajo se realiza en espacios abiertos, con exigencias motrices y jornadas de trabajo que varían de acuerdo con el cultivo y labor. Por ejemplo, las cerezas se cosechan a mano al alba, aproximadamente desde las seis de la madrugada hasta las 12 del día, para evitar manipular la fruta en las horas de mayor temperatura. En los centros cerrados de empaque son mayoritariamente mujeres quienes trabajan, y se observa menor presencia de migrantes.

Las labores de limpieza, selección y embalaje se realizan en sistemas de turnos rotativos, bajo modalidades de pago mensualizadas con diversos bonos por rendimiento y cumplimiento. En los dos casos, la base de las tareas realizadas está en el esfuerzo físico, continuo, repetitivo, con niveles importantes de concentración, precisión y atención, tanto para aumentar eficacia y eficiencia, como para prevenir accidentabilidad.

Incorporamos el siguiente supuesto como guía para alcanzar resultados acordes al debate existente: las trabajadoras agrícolas gestionan la confluencia de emociones derivadas del trabajo productivo y reproductivo, resolviendo su cotidianidad con ambivalencia emocional y sentidos modelados por identidades de género que legitiman el cuidado maternal, el sacrificio y la responsabilidad doméstica no compartida.

El artículo está dividido en seis secciones. La primera revisa los principales debates teóricos y conceptuales sobre el trabajo emocional y su relación con la identidad de género. La segunda presenta el caso chileno a partir de las condiciones laborales que viven las trabajadoras agrícolas nacionales. La tercera describe las características de la muestra y la metodología. La cuarta muestra los resultados divididos en tres subsecciones: cuerpo y emoción, relaciones y normas sociales y, finalmente, cuidado e identidad de género. La quinta muestra la discusión que sintetiza los principales hallazgos sobre la articulación entre los trabajos y las emociones. Y en la sexta se presentan las conclusiones.

Antecedentes teórico-conceptuales

La intensificación del trabajo en la vida de las trabajadoras agrícolas chilenas

Según datos de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) del año 2024, en la rama de la agricultura, ganadería, silvicultura y pesca hay 265.318 personas que trabajan de manera temporal, de ellas 35,3% son mujeres. De las 135.684 mujeres asalariadas de la rama, 70% son temporales y sólo 30% permanentes (Ministerio de Desarrollo Social y Familia, 2024). Se entiende por temporera aquella trabajadora que "tenía un acuerdo o contrato de trabajo por obra o faena, o limitado a la temporada, así como aquellas personas trabajadoras a plazo fijo igual o menor a tres meses durante la temporada agrícola" (Biblioteca del Congreso Nacional, 2022, p. 2).

El trabajo de las temporeras se focaliza en el valle central del país, entre las regiones de Valparaíso y el Maule, que concentran 78,3% de la

superficie nacional de frutales. En términos cuantitativos, los cerezos y los nogales han experimentado un fuerte desarrollo y prevalencia en estos territorios, junto con un aumento significativo de los arándanos y los avellanos (ODEPA, 2025). La mayor parte de la superficie agrícola se destina a la cosecha de fruta fresca, que supone 56% del total de trabajadores/as temporales, mientras que la actividad que más mano de obra estacional requiere es el embalaje de la fruta, con 18% de los/as trabajadores/as (Biblioteca del Congreso Nacional, 2022).

La fruticultura es intensiva en el uso de mano de obra, por lo que podría tener un impacto significativo en el aumento de ingresos de los sectores con menos recursos. Desde finales de la década de 2000, se ha debatido ampliamente sobre las ganancias derivadas del crecimiento explosivo del sector agrícola y su distribución entre los/as trabajadores/as (Pérez *et al.,* 2020).

A menudo se considera que las trabajadoras agrícolas son más flexibles a la hora de aceptar estas condiciones y que tienen mayor capacidad para conciliar el trabajo agrícola con las tareas domésticas y de cuidado. La flexibilización del tiempo de trabajo se asocia a una mayor intensidad laboral en las fechas punta para cumplir con los plazos de producción impuestos por los mercados internacionales (Valdés, 2023).

Para la industria agroexportadora, las trabajadoras agrícolas cuentan con la destreza y el cuidado necesarios para preservar la calidad de los productos frescos, por lo que se les destina a los puestos de embalaje y procesamiento de frutas (Gadea *et al.*, 2021), que requieren mano de obra, tiempo, precisión y atención. Sin embargo, este trabajo sigue estando infravalorado y mal protegido, y a menudo no se ofrecen descansos ni compensaciones adecuadas, lo que aumenta de paso el estrés físico y emocional, y la falta de reconocimiento social que trasciende lo laboral y normaliza la precariedad de la vida (Barrientos *et al*., 2004; Caro y Cárdenas, 2022).

La Región del Maule ubicada en la zona centro-sur de Chile se caracteriza por representar al extractivismo neoliberal a través de la fruticultura intensiva. Teno se ubica en la provincia de Curicó y cuenta con una superficie de 618 km^2, con una población de 28.921 habitantes, de los cuales 49% son mujeres (51% hombres) y 67% de la población habita en zonas de residencia rural. Es una comuna que concentra la agricultura, la ganadería, la silvicultura y la pesca, así como otras actividades de servicios administrativos y de apoyo, que representan 52% de trabajadores/as.

Por su parte, Romeral también ubicado en la provincia de Curicó, tiene una superficie de 1.597 km^2 y una población de 15.187 habitantes, de los cuales 50% son mujeres y 57% vive en zonas rurales. Se destaca por ser una zona agrícola donde se cultivan cerezas, manzanas y otros frutales para el consumo nacional y la exportación.

Ambas comunas presentan condiciones familiares y socioeconómicas similares: el hogar nuclear (pareja e hijos/as) sigue siendo el más numeroso (33% en Teno y 34% en Romeral), mientras que el hogar extendido (18% en Teno y también Romeral), supera el promedio regional (17%), pero es escasamente menor al nacional (19%) (PLADECO Teno, 2022; PLADECO Romeral, 2022). En cuanto a indicadores de pobreza, la región y las comunas del estudio presentan tasas de pobreza de ingreso superiores a la media nacional (Ministerio de Desarrollo Social y Familia, 2022) y producen la mayor cantidad de unidades productivas agropecuarias de cerezas del Maule, con una mayor concentración del cultivo (Censo Agropecuario, 2021). Teno tiene 58% de la superficie frutícola plantada de cerezos con 4.414 hectáreas y Romeral, 64% con 2.871 hectáreas (ODEPA, 2025).

La dimensión emocional de los trabajos de las mujeres

Teóricamente, las emociones son entendidas como experiencias vividas, reflexivas y situadas temporalmente en un contexto que requiere la presencia, real o imaginaria, de otras personas. Su componente subjetivo, entendido como una esencia interna de aspectos del sistema hormonal, muscular y neuronal, permite que la emocionalidad del sentir y experimentar las emociones se exprese en estados de ánimo que trascienden situaciones específicas. Pese a su carácter físico, las emociones son, ante todo, prácticas sociales determinadas por los valores y expectativas de la cultura circundante, que superan los estados psicológicos y moldean la capacidad de acción de los cuerpos, circulando del mismo modo que los objetos de la emoción (Ahmed, 2004; Barbalet, 1996 y 1998; Bericat, 2015; Denzin, 2007).

La experiencia emocional tiene una estructura temporal que mira permanentemente al pasado y al futuro (Denzin, 2007), y refleja la perspectiva vital del actor. En cada contexto, se elaboran las emociones en forma de "normas emocionales" o "reglas de sentimiento" que funcionan como control social y definen qué sentir, con qué intensidad, durante cuánto tiempo, hacia cuál objeto y cómo sentir en cada experiencia (Bericat,

2000; Hochschild, 1983). Por ejemplo, la ira opera como una norma social que suele dirigirse a personas con un menor nivel social, circulando por canales de menor resistencia. Por el contrario, la felicidad funciona como una guía orientadora invisible de lo existente (Schmitz y Ahmed, 2024).

En la experiencia humana se produce una "gestión emocional" (emotion management) o "trabajo emocional" (emotion work) que consiste en intentar cambiar el grado o la calidad de una emoción o sentimiento, moldeando, mediante la evocación, supresión y expresión externa de un sentimiento. Esta gestión se realiza con uno/a mismo/a y con los demás en las interacciones cara a cara, sin ser consciente de la imposición de estos esfuerzos por parte de estructuras e instituciones (Hochschild, 1983).

Su característica central es el intento de alinear las emociones sentidas en privado con las expectativas normativas o con su expresión externa (Wharton, 2009) y se lleva a cabo mediante dos tipos de acciones: una actuación superficial (*surface acting*), que modifica la emoción manifiesta en público sin alterar el sentimiento interno (incluso llegando a la alienación definitiva del "verdadero yo"), o una actuación profunda (*deep acting*) cuando se transforman activamente para alinearse con las expectativas normativas en privado —como una "alteración" del yo— (Bolton y Boyd, 2003; Hochschild, 1979 y 1983).

Se ha descubierto que la actuación superficial se asocia positivamente con el agotamiento, la tensión, el retraimiento laboral, el insomnio y el absentismo (Yang y Chen, 2021). Un segundo tipo de gestión de las emociones se denomina regulación emocional (*emotional labor*) y se entiende como una construcción creada en las relaciones de intercambio entre trabajadores/as y clientes/as con un "motivo de lucro oculto", cuyo producto rentable es la "satisfacción del cliente", con una clara manifestación facial y corporal públicamente observable (Hochschild, 1983). Este tipo de gestión busca a conservar la dignidad, ejercer control y negociar el poder, siendo una habilidad importante en las relaciones laborales (Bolton y Boyd, 2003; Ho *et al*., 2019), y del análisis del trabajo emocional y la doble gestión en el cuidado remunerado y no remunerado (Leiva y Comelin, 2026; Wharton, 2009).

Las emociones se aprenden a través de la socialización, modificándose según el contexto, el estatus y el rol social, y experimentándose como una transformación de la disposición para actuar (Barbalet, 1996 y 2002; Hochschild, 1979). El poder y el estatus pueden medirse en función de

las expectativas de la interacción: si se superan, son adecuados o no alcanzan lo requerido (Barbalet, 2002). En el caso de las mujeres, se observa una menor independencia en el acceso al dinero, el poder y el estatus social, lo cual las obliga a sacar provecho de sus sentimientos y a compensar su estatus inferior mediante el trabajo emocional (Husso y Hirvonen, 2011).

La gestión emocional no sólo se centra en los/as trabajadores/as, sino que también profundiza en la gestión de los sentimientos del empleador para maximizar el valor excedente de la producción mediante la prescripción, supervisión y medición del trabajo emocional del empleado —*emotional labor*— (Taylor, 1998). Si esta gestión no es exitosa, puede producirse una "disonancia emotiva" (Hochschild, 1983), es decir, una situación en la cual las emociones no se corresponden con lo que se siente en una situación determinada, lo que se vive como una inautenticidad con efectos claros: agotamiento emocional, despersonalización y una menor sensación de realización personal, o una sensación de autoextrañamiento o angustia (Hochschild, 1983; Wharton, 2009).

La propuesta de Hochschild y sus seguidores reivindica un "giro afectivo" que problematiza el papel de los afectos y las emociones en la vida pública, tanto en su gestión por parte de las personas como en su reproducción y continuidad en las estructuras de poder (Schmitz y Ahmed, 2024). A nivel macrosocial, las emociones se elaboran e intercambian en las relaciones capitalistas, convirtiéndose en productos de consumo personal y social que mezclan afectividad y mercado en una interdependencia condicionante del comportamiento económico y la vida emocional (Illouz, 2007; Molinier y Paperman, 2020). Las emociones se conciben como objetos comercializables, similares a cualquier otro, y representan la racionalización de la vida emocional a través de emociones estandarizadas que se consumen como cualquier otra mercancía (Tocino Rivas, 2023).

Es relevante retomar el concepto de desigualdad emocional o socioafectiva de Bericat (2016), entendida como la desigual repartición del bienestar, felicidad y afectos positivos en la sociedad; puesto que no son sólo personales, sino que dependen de la clase social. Se expresa en que felicidad y disfrute de la vida, optimismo y orgullo de sí mismas, una vida tranquila y sin preocupaciones, agobios ni estrés, y todo ello gracias al mayor acceso a bienes materiales y poder; mientras otras personas se sienten la mayor parte del tiempo tristes, deprimidas, sufren y no disfrutan de la vida, se avergüenzan de sí mismas, no tienen esperanza y viven abrumadas por las preocupaciones, la ansiedad o el estrés. Aspectos en los que incide la precariedad laboral.

Cuidado e identidad de género

La reproducción y el acuerdo de los roles e identidades de género, así como de otros acuerdos sociales y morales, se producen en posiciones segregadas por sexo que jerarquizan las emociones, clasificándolas y valorándolas según las competencias laborales (Hernández Ramírez, 2008; Illouz, 2007). Éstas se traducen en capital simbólico que diferencia el estatus y el prestigio social.

El trabajo emocional de las mujeres refleja los aspectos de la identidad de género tradicional presentes en cada sociedad, como, por ejemplo, la supuesta disposición innata para servir y atender a los demás, atribuida a las mujeres. Su ejecución implica un trabajo de "adaptación emocional" para alcanzar una experiencia positiva que conlleve una mayor satisfacción y menor agotamiento (Arango-Gaviria, 2015; Cascales Mira, 2022; Hochschild, 1979). Culturalmente, se asume que la autogestión emocional de las mujeres en las relaciones interpersonales es el resultado de una habilidad tácita, no codificada y natural (Ho *et al*., 2019), lo cual contribuye al cumplimiento de las obligaciones laborales y tiene un efecto directo en el rendimiento, al mismo tiempo que lo legitima para hacerlo más tolerable.

El trabajo emocional es útil para la regulación emocional (Iñigo, 2001) en los casos de conflicto trabajo/familia, especialmente cuando hay falta de sueño, ausencia de ocio o agotamiento físico de las mujeres, con un efecto en el bienestar mental y la reproducción familiar. Este daño se normaliza sin ser reconocido como parte de las prácticas de cuidado (Rai *et al*., 2014). Sin embargo, cuando las mujeres lo afrontan mediante la capacidad de gestionar los sufrimientos y de trabajar en las relaciones, este llega a convertirse en un recurso más valioso que para los hombres (Husso y Hirvonen, 2011).

A medida que las personas las interpretan en relación con su entorno, se vuelven más conscientes de sus emociones (Funk *et al*., 2018). Las identidades asociadas al rol se definen por los significados y expectativas culturales asociados a las posiciones individuales, mientras que las identidades sociales se definen por los significados y expectativas culturales asociados a los grupos y categorías socialmente definidas. Estas posiciones dependerán de la cantidad de recursos que controla cada sexo y, por consiguiente, del estatus que obtengan en función de ellos, lo que potencia la identidad y amortigua las consecuencias de la falta de recursos (Burke, 2008).

Este estudio se suma a los debates que se centran en el trabajo emocional como herramienta de interacción para comprender la estructura y relaciones sociales bajo las "reglas del sentir" de la vida reproductiva y productiva (Barbalet, 1998; Bericat, 2015; Hochschild, 1979 y 1983; Wharton, 2009); en nuestro caso, en la agroindustria frutícola. Retomamos el concepto de trabajo emocional como la gestión superficial y profunda de las emociones para asociarlo con consecuencias sociales y físicas (Yang y Chen, 2021; Ho *et al*., 2019), y reconstruir la configuración de la identidad de género de las trabajadoras agrícolas. El siguiente análisis considera el contexto de relaciones emocionales e interpersonales definido por repertorios basados en el mercado, que son consumidos y comercializados como cualquier otra mercancía, y la racionalización de la vida emocional como emoción estandarizada (Molinier y Paperman, 2020; Tocino Rivas, 2023).

El término división sexual del trabajo se distingue por ir más allá de un enfoque descriptivo que detalle quién hace qué, sino que articula los procesos y relaciones de poder por los cuales la sociedad utiliza esta diferenciación para jerarquizar las actividades entre hombres y mujeres (Hiriata y Kergoat, 1997).

Metodología

Con el fin de responder a las preguntas de investigación relativas a la experiencia y el significado emocional de la vida laboral de las trabajadoras agrícolas en Chile, así como a su relación con el trabajo no remunerado y a la construcción de su identidad de género asociada al trabajo emocional, hemos llevado a cabo una investigación cualitativa de tipo fenomenológico (Tarrés, 2008) basada en el análisis de 24 entrevistas en profundidad con trabajadoras agrícolas chilenas adultas de las comunas de Teno y Romeral, desde un enfoque biográfico. Los criterios de inclusión son: grupo de edad (jóvenes de entre 20 y 35 años y adultas de 36 años en adelante), tipo de trabajo (huertos o *packing*) y situación familiar (labores de cuidado o tareas domésticas). Hemos elegido este grupo de trabajadoras porque asumen las obligaciones de la crianza de los/as hijos/as y/o de las tareas domésticas, y porque tienen diferentes experiencias y significados de las condiciones de trabajo —productivo y reproductivo— según su edad y el tipo de trabajo que desempeñan.

Se realizó un análisis de contenido (Álvarez-Gayou, 2003; Flick, 2004) basado en las siguientes categorías y sus respectivos códigos como

guía de análisis: a) experiencia vivida (significado y valores de las emociones, estado de ánimo, objetos de la emoción y modos de circulación); b) relaciones y normas emocionales (control social, cómo, cuándo y a quién va dirigido el sentimiento o emoción, hito para cambiar el grado o calidad de la emoción o sentimiento, significado y valoración de la emoción, emociones superficiales y emociones profundas, situaciones de gestión emocional por parte del empleador, significados y valoración de la gestión emocional por parte del empleador y disonancia emotiva); c) identidad de género y gestión emocional (significado de ser mujer, gestión emocional de ser mujer, tensiones y resoluciones asociados al trabajo no remunerado). El análisis de contenido seleccionado (tipo explicativo) tendrá en cuenta las afirmaciones adicionales del texto para explicar los pasajes analizados, así como la información externa al texto, y también servirá para aclarar pasajes difusos, ambiguos o contradictorios mediante la incorporación de material de contexto en el análisis (Flick, 2004).

Las entrevistas grabadas en audio duraron aproximadamente una hora y, por lo general, se realizaron en el domicilio de las entrevistadas; sólo en una ocasión se llevó a cabo en su lugar de trabajo. Las transcripciones se procesaron con el programa informático Atlas.ti, 5.0 y posteriormente para trabajar el proceso de categorización, estructuración y teorización, lo que facilitó la organización y un análisis más refinado. En éste se preparó el documento, incluyendo la asignación de categorías y códigos al programa. El proceso de codificación incluyó dos estrategias: a partir de un trabajo conceptual previo que proveía de categorías preexistentes (*top-down*) y la segunda derivada de la lectura de las entrevistas (*bottom-up*). Se configuró la opción de comentarios con la finalidad de ir afinando el análisis.

En un segundo momento, se hizo un análisis que consistió en la creación de redes conceptuales para determinar las relaciones entre códigos y categorías, que son la base para obtener resultados y apoyar las conclusiones. Los conceptos se organizaron en códigos y se agruparon en familias de manera jerárquica. El guion de la entrevista fue aprobado por el comité de ética de la universidad patrocinante, garantizando la confidencialidad y voluntariedad de la entrevista. El trabajo de campo se llevó a cabo entre noviembre de 2024 y diciembre de 2025. Sólo el equipo investigador conoció los nombres de las entrevistadas y tuvo acceso al material de campo. Ambas autoras participaron en la codificación y análisis.

En este estudio participaron 24 trabajadoras agrícolas chilenas que residen en comunas rurales —cuatro de Romeral y 20 de Teno—, de distintas edades —nueve menores de 36 años y 15 de 36 o más años—. Todas ellas conviven con sus familiares —cinco en familias monoparentales con hijos/as, siete en familias biparentales con hijos/as, una en familias nucleares con pareja sin hijos/as, cinco en familias extensas con madres e hijos/as y seis jóvenes con sus padres—(véase Anexo 1).[2]

Resultados

Cuerpo y emoción

La mayoría de las entrevistadas declara que su principal motivación para trabajar en la agroindustria es la obtención de ingresos, considerados necesarios para mejorar condiciones de vida. Incluso para las fiestas de fin de año, dado que los meses de mayor intensidad de trabajo son los de noviembre y diciembre, debido al predominio del cultivo de las cerezas en ambas comunas. La estacionalidad de este tipo de trabajo marca la posición secundaria dentro del ingreso familiar, lo que no disminuye el valor que le otorgan, como indican las siguientes entrevistadas:

> Es como justo en una fecha importante que es donde todos estamos pensando en la navidad, en el año nuevo, que queremos pasarlo bien y vamos a tener los recursos. Natalia, 67 años*, packing*/huerto.

> Como dos años que teníamos los tres estudiando, entonces mi marido no gana mal, pero tampoco sobra, siempre como que estaba faltando un poquito y yo era el soporte, el apoyo de él, así que no, si no hubiese trabajado yo, nos habría costado más sacarlo adelante, así que yo todo para la casa, igual yo me doy mi gustito, no soy de esas que no, que no me hago nada, no, igual soy ordenada con mi plata, así que me luce. Carla, 58, *packing.*

El trabajo temporal conduce a las entrevistadas a fijarse metas individuales de producción destinadas al consumo inmediato y al ocio con la familia, lo que implica una autoexigencia constante para conseguirlas. Para esto disponen de un desempeño intensivo de tipo instrumental (de acuerdo con fines), acotado en el tiempo y ajustado estratégicamente a la meta autoimpuesta. En este contexto, la gestión emocional se convierte en un recurso clave para sobrellevar la carga de trabajo propia en cada temporada frutícola.

2 El Anexo se encuentra al final del presente artículo (Nota del editor).

Las metas personales desafían al cuerpo y ponen a prueba las emociones. Tanto las labores del *packing* como huerto provocan un cansancio extremo, pero al ser etapas distintas y consecutivas en la cadena de producción frutícola, su significado y la forma de enfrentarlo son diferentes. En ambas etapas emerge la posibilidad de un descanso que permita retomar el trabajo con más energía, pero que asocian a una disminución de productividad que afecta en los ingresos y de manera particular, en la presión externa por la vigilancia del supervisor entre las entrevistadas de *packing* y en las condiciones materiales entre las trabajadoras de huerto.

> La diferencia del campo y, por ejemplo, el *packing*, notoriamente son los sueldos, pero también que en el *packing* uno no tiene tanta libertad como en el campo, por ejemplo, si yo estaba cansada y quería descansar un rato, era por gusto mío. O sea, porque al final estaba ganando por mi trabajo, entonces si paraba, la que iba a perder era yo... una tiene que trabajar al sol y como es en temporada de verano, el calor en algún momento llega a ser insoportable. Tamara, 25*, packing*/huerto.

> Tienes que estarte moviendo... es rápido y es pesado porque las cajas son pesadas, son de cinco kilos y tienes que recorrer las hileras, llevar las escaleras y la fruta que vas cosechando... para que no pierdas tiempo en ir a buscar, ir a dejarla, al acopio y a veces es distancia la que tienes que recorrer ... son como 20 kilos que tienes que transportar ahí por hartos metros, en terreno irregular, porque hay piedra, pasto, ... es pesado, el sol, el cansancio. Yanira, 47, huerto.

El trabajo intensivo en la cosecha exige destreza y agilidad, junto con una capacidad fisiológica para adaptarse y regular la exposición a altas temperaturas del verano. El cuerpo en movimiento opera en múltiples registros simultáneos: se mantiene en alerta para prevenir accidentes, concentrado para sostener el ritmo de recolección y activado para "enfriarse". En este contexto, la pausa emerge como una acción consciente y deliberada que no sólo alivia el cansancio y el calor extremo, sino que también atenúa la presión tácita por cargar la mayor cantidad posible de cajas —dentro de los límites de la normativa chilena, que prohíbe a las trabajadoras manipular manualmente cargas superiores a 20 kilos sin ayuda mecánica—. Se trata de un intercambio inicialmente favorable: la alegría del descanso y la esperanza del retorno económico a cambio de convertir al cuerpo en un instrumento técnico.

La presión en el *packing* es distinta, pero igualmente intensa para personas con menor experiencia o más jóvenes, pues al inicio se ven abrumadas por el ritmo de trabajo y la atenta supervisión de parte de jefaturas. La estandarización taylorista de los tiempos de ejecución es una fuerte presión por aumentar la productividad, que incluso impide en casos

extremos atender necesidades fisiológicas como ir al baño en un tiempo limitado, como ocurrió con la siguiente entrevistada:

> Los turnos son muy extensos, se trabaja mucho bajo presión y también porque eso agota harto ... un año que trabajé junto con mi mamá, nos tocaba tirar cajas entonces teníamos que abastecer abajo todas las líneas del sellado, mi mamá abastecía como 25 y yo tenía que abastecer otras 25 más y como que una estaba todo el día tirando cajas y no podía parar en ningún momento y si yo paraba, ya empezaban como a reclamar de abajo....eso era lo que no me gustaba mucho porque a veces tenía que ir al baño y me tenía que demorar como 10 minutos y volver porque si no quedaba la embarrada (el caos). Cinthia, 27, *packing.*

Las jóvenes operarias de *packing* experimentan un agotamiento extremo durante los turnos, algo que aceptan de antemano porque se saben un eslabón indispensable en la cadena de producción, por lo que se ven, al mismo tiempo, expuestas a la crítica o reprobación encubierta de otras trabajadoras agrícolas y supervisoras. En ese contexto, las entrevistadas están atravesadas por sentimientos de culpa y vergüenza, junto con un intenso cuestionamiento de su propia capacidad laboral, al percibirse como un obstáculo para el cumplimiento de las metas colectivas de sus pares y de la cadena fordista.

> Estrés en esta temporada, cuando empiezan como a excederse con la cantidad de fruta. Yo soy muy ansiosa, entonces la pasaba muy mal cuando ya empezaban, como a bombardear con fruta y para mí era horrible, pero decía como no estoy cumpliendo, como estoy haciendo mal mi pega por no poder recibir toda la fruta bien. Elvira, 25, *packing.*

Es aquí cuando el trabajo exigente y obligatorio pierde su carácter subjetivo, relativo a metas personales, convirtiéndose en un diálogo interno para reinterpretar su autoimagen y enfrentar la culpa e incluso la humillación por la lentitud en recoger las cajas. La circulación de emociones es profusa: el agotamiento y el esfuerzo se vuelven visibles y son el sustento de trabajo cotidiano, mientras que la ansiedad rara vez llegan a expresarla como queja, y mucho menos como demanda a sus jefaturas, lo cual genera un nuevo conflicto íntimo al tener que hacer un esfuerzo por enmascararla.

La gestión emocional involucra alterar la emoción pública sin alterar el sentimiento interno (*surface acting*), generándose un extrañamiento de los propios sentimientos de vergüenza y culpa. Esta instrumentalización del yo emocional se expresa con mayor nitidez en el *packing* que en el huerto cuando se enfrentan explícitamente al control social. La supuesta ineficiencia es convertida en un asunto de mayor autoexigencia. Se

aborda individualmente mediante el aumento de la productividad, sin cuestionar la existencia de una responsabilidad de quienes organizan el modelo de negocio.

Por otra parte, indagamos sobre el valor cultural y simbólico de las cerezas en el imaginario de las entrevistadas, y cómo ello decanta en la identificación con el fruto. Este objeto produce emociones contrapuestas: es real o concreto para el consumo y fuente de subsistencia material y, al mismo tiempo, es simbólico negativo, pues es generador de injusticias:

> Cuando están repartiendo yo traigo, este año traje dos cajas... Traigo y pueden estar en el refrigerador no sé semanas y nadie se las come, pero cocidas sí, yo cuezo y todos comen. Carla, 58, *packing*.

> Y también es muy rica. Hay que decir, no se puede comer si, caliente, porque si no se va a enfermar.... Una vez, no sé a quién le dijeron que se podía hacer el jugo de cereza e hizo jugo de cereza, pero el jugo de cereza se tiene que hacer cuando la cereza está cocida. Esa persona no sabía... y se enfermó de la "guata"[3]. Jacinta, 26, *packing*.

> Ganar plata... es lo único, porque en realidad igual una se esfuerza harto en el trabajo independiente de lo que uno haga, igual son varias horas que una tiene que estar ahí. Pilar, 26 *packing*.

El fruto tan apetecido por consumidores/as de otros países como China, quienes valoran el calibre y color por el valor simbólico que posee el fruto (denotando prestigio, estatus y buena fortuna), ocupa un lugar más marginal en la vida de las entrevistadas y sus familias en la época de abundancia. Aunque algunas declaran que reciben cajas en sus lugares de trabajo o que comerlo "es maravilloso", tiende a ser infravalorado en los hogares de las trabajadoras agrícolas. Recupera en parte su valor social, cuando involucra un valor agregado (su cocción) y, en otros casos, su consumo natural se asocia a riesgos para la salud, incluso enfermedades, lo que refuerza la necesidad de transformarlo culturalmente (de nuevo la cocción).

La asociación simbólica del fruto con la injusticia muestra un distanciamiento emocional con éste, no como indiferencia, sino como una forma alegórica de devolver el rechazo que ellas sintieron como trabajadoras o a la falta de reconocimiento al esfuerzo desplegado en su obtención. Esta relación ambivalente se expresa a nivel territorial. En la comuna de Teno —de donde proviene la mayoría de las entrevistadas— no se observan actividades sociales o culturales que reivindiquen el fruto. En contraste,

3 Se refiere al estómago.

en la comuna de Romeral se despliega una institucionalidad simbólica en torno a la cereza, como el Festival de la Guinda con artistas locales y nacionales, la existencia de un club deportivo de barrio, la cancha "Los Cerezos", una sala cuna y un jardín infantil privado y una agrupación de productores de cerezas (PLADECO Teno, 2022).

Relaciones y normas emocionales

Sentir y valorar el cuerpo es ante todo un asunto social, como queda corroborado principalmente en situaciones de malestar físico o enfermedad, cuya intensidad y duración están condicionadas por el juicio externo. Anunciar que se está enferma en un contexto donde la dureza en el trabajo está ampliamente aceptada, no implica necesariamente una actitud más benevolente hacia el propio cuerpo, sino que la decisión de aceptar estar enferma dependerá de la posición dentro del conjunto de personas que generan ingresos para el sustento familiar del verano, así como del resto del año. Por ejemplo, la siguiente entrevistada reside con su marido e hijas adultas, por lo que no tiene dependientes a cargo y se constituye en proveedora secundaria de ingresos familiares.

> Cuando estoy enferma, me retiro o tiro una licencia, pocas licencias he tirado, pero yo no trabajo enferma, porque veo que hay gente que va a la rastra a trabajar, andan apenas y le digo yo no, le hago eso a mi cuerpo, pero me dicen es que tú tienes tu marido, no dependes de esto, y allá son muchas mamás solteras o separadas. Carla, 58, *packing*.

La entrevistada entiende que ser la principal o única proveedora de un hogar implica asumir la obligación de trabajar remuneradamente, incluso cuando están enfermas, lo que supone poner en el último lugar de prioridades al "cuerpo doliente" en aras de un bien mayor: el bienestar familiar. Si la exigencia no va acompañada de una cura o reposo, el malestar o enfermedad podría prolongarse en el tiempo bajo el formato de enfermedades crónicas.

Las trabajadoras enfermas se exponen al escrutinio de sus compañeros/as, que ven en quien "se arrastra" una pérdida de autocuidado, pero que justifican por la ausencia de un marido o proveedor principal. La sanción hacia la trabajadora enferma que va al trabajo sería doble: física y moral. Y la justificación dada por la entrevistada sólo confirma el prejuicio y condena a la trabajadora que "se arrastra" a una posición simbólica inferior a la suya, por su vulnerabilidad física y emocional.

El trabajo duro se soporta mientras dura, pero el cuerpo tiene un límite y, al finalizar la jornada y llegar a casa, una de las entrevistadas declara que se desploma, por lo que le resultaría difícil realizar otras actividades domésticas y reproductivas, y su vida se reduciría a dos momentos opuestos: el trabajo y el descanso.

> Una llega, pero ahí a puro caer. Quiere puro descansar, porque igual el peso de la escalera, que tiene que andar todo el rato con la escalera, que, con los tarros, la caminata de que ir a vaciar, volver, entonces todo eso es igual... Elcira, 38, huerto.

El trabajo de la fruticultura en épocas álgidas requiere esfuerzo físico (fuerza), mental (concentración continua) y también es rutinario, sin posibilidad de cambiar la presión corporal, lo que limita la gestión emocional. Las características del trabajo se convierten en explotación cuando las exigencias superan las capacidades físicas estándar y causan daño, aflorando la desolación y los recuerdos de experiencias dolorosas. El siguiente verbatim de una entrevista resume esta situación.

> Trabajábamos hasta las 11, 12 de la noche, eran horarios terribles en el kiwi; en la cereza igual. En la mañana cuando uno se levantaba era como que tenía clavos en los talones. Entonces por lo menos yo me levantaba y caminaba en puntillas y de a poquito, hasta que ya lograba pisar bien para poder caminar. Entonces igual no son recuerdos tan buenos, son recuerdos tristes, aunque a mí me gusta trabajar, sí, me gusta trabajar, pero no ese trabajo tan explotado. Natalia, 67, *packing* / huerto.

La entrevistada identifica una brecha entre su disposición positiva al trabajo y la excesiva sobrecarga física. Pasa de expresar abiertamente su tristeza por el recuerdo de su cuerpo herido o doliente a ocultar la congoja como si no existiera un resentimiento, lo cual viabiliza mentalmente seguir trabajando, mantener su dignidad como trabajadora y confirmar su identidad por la inclinación al trabajo. De esta manera, se aleja del posible estigma de ser considerada "una mujer floja" al reconocerse a sí misma que "le gusta trabajar".

A diferencia de otros/as trabajadores/as temporales que se enorgullecen de su capacidad para soportar el trabajo duro y el sufrimiento, como ocurre con los/as trabajadores/as agrícolas migrantes, la entrevistada reconoce las paupérrimas condiciones de trabajo asociadas a la explotación y espera no tener que recurrir a ellas nuevamente, ya que cedió a la vulneración de su cuerpo al no tener otra salida. Sin embargo, esta conciencia de lo que no desea para su vida no llega a cuestionar las raíces estructurales de su sufrimiento. En este punto, su experiencia se asemeja a la de otros/as trabajadores/as agrícolas latinoamericanos (Saxton, 2014).

"Las reglas del sentimiento" están presentes en el mundo laboral de las entrevistadas a partir del control permanente de los supervisores por asegurar la productividad mediante un uso eficiente del tiempo.

> Estamos todo el día de pie, eso no me gusta, es cansador, porque no nos dejan sentarnos, aunque exista la Ley de la silla, no, es mal visto en un *packing* que estemos sentadas, aunque sea un ratito, aunque no estemos haciendo nada, y si estamos sentadas, nos dan la mirada, entonces, para evitar problemas, mejor no sentarse ... la jefa que tenemos ahora no nos dice nada, pero después a ella la llaman y le dicen ¿por qué están sentadas? Porque no estaban haciendo nada. Marina, 53, *packing*.

En la cadena de ensamblaje en la que participan las operarias del *packing* se exige un trabajo continuo que elimine cualquier despilfarro de acciones que no aportan valor al producto y aproveche todo su potencial. Cada jornada no sólo implica la realización del trabajo, que afrontan con resignación ante el cansancio y el control externo de las jefaturas, sino también la necesidad de mostrar esa dedicación constante. La entrevistada reconoce así la existencia de un "trabajo real" y otro "trabajo aparente", que rellena tiempos y movimientos, interrupciones y disfunciones en los puestos de trabajo. Por esto, sienten la presión de estar de pie sin descanso, lo que contradice la Ley de la silla, aprobada en Chile en 1914 y que obliga a los empleadores a proporcionar asientos para sus trabajadores/as. Actualmente, esta ley se encuentra recogida en los incisos 1.º, 2.º y 3.º del artículo 193 del Código del Trabajo. Todos los tiempos, incluidos los de pausa y los de ausencia de trabajo, pertenecen al empleador, por lo que la enajenación del sujeto trabajador/a es total.

La mirada atenta del empleador puede ser aliviada o resistida colectivamente, lo que genera espacios de salida de otras opresiones que ocurren, por ejemplo, en el ámbito doméstico, convirtiendo al espacio laboral también en uno terapéutico que libera a estas trabajadoras y actúa como contención y reflejo reforzador de su condición de madres o esposas.

> [las trabajadoras] Son señoras que están en la casa, como que cuentan todo, como que llegan y se desahogan. Yo me sabía la vida de todas las señoras que trabajaban cerca mío, mi mamá igual, mi mamá cuenta todo allá, eso igual me gustaba... siento que las señoras son muy felices yendo a trabajar allá, aparte de estar en la casa todo el día haciendo aseo o cocinando, salen de su círculo y entonces andan todas contentas. Elvira, 25, *packing*.

El espacio laboral se valora por la posibilidad de reconocerse a través de la palabra, de abrir los pensamientos, las experiencias y los sentimientos con otras mujeres que están en una situación similar, y les permite

expandirse y reforzar su vida en un esfuerzo permanente por reencontrarse a sí mismas y confirmar su identidad, sin la culpa de tener que retractarse ante sus familiares debido a su ausencia. Pueden reflexionar una y otra vez, procesar y resolver su vida en una alianza en la que sus cuerpos se liberan de la carga mental y física de su mundo doméstico.

En la interacción con otras mujeres depositan sus confianzas, miedos, expectativas, y juntas pueden hacer frente al mundo doméstico que viven por separado. La opresión del trabajo productivo continuo y el cansancio físico del mundo laboral se contrarrestan paradojalmente con la posibilidad de exponer sus vidas íntimas, incluso situaciones dolorosas que puede exponerlas al escrutinio público, lo que les devuelve la sensación de ser personas, donde se vuelven protagonistas de sus experiencias en esa interfaz entre la vida fuera y dentro del espacio reproductivo, oculto y marginal.

Cuidado e identidad de género

Las entrevistadas atribuyen a la diferencia sexual unas condiciones innatas del ser mujer y ser hombres, que se traducen en una desigualdad de base difícilmente modificable en la vida laboral. A continuación, una de ellas remite al género en función de la diferencia sexual:

> Como que ya llegan [los trabajadores], tienen más fuerza, aguantan mucho más... como que es más bruto para trabajar, más rápido, en realidad ... las mujeres igual son, también, más delicadas para hacerlo ... Le cansa más a la mujer, pero es más delicada para hacerlo ... Y los hombres son como más fuertes mentalmente. Jacinta, 26, *packing*.

La base biológica atribuida a la diferencia sexual puede derivar en premisas que ahondan la desigualdad histórica existente: si se considera que las mujeres son más delicadas y los hombres más fuertes mentalmente, entonces se puede pensar que las mujeres son más propensas que los hombres (por naturaleza) a sufrir expulsiones o vulneraciones, normalizándolas; si se piensa que la mujer se cansa más y es menos fuerte físicamente que los hombres, entonces se puede pensar que cosecha menos y que le corresponde ganar menos.

Este fundamento, como imposición, muestra las escasas posibilidades que tienen estas trabajadoras de instalar una agenda con demandas de género, que contribuya a cambiar las condiciones laborales respecto al peso de las cajas, la carga de trabajo o el traslado de las escaleras. La impronta del sacrificio impregna el relato, elevándolas a un reconocimiento

ambivalente: si son percibidas como más débiles, entonces esta valoración las lleva a esforzarse más, lo cual las llena de orgullo y les devuelve la posibilidad de ser revaloradas doblemente.

Aunque la naturalización de la identidad femenina sigue estando fuertemente arraigada entre las entrevistadas, la distribución de roles en el ámbito doméstico ha cambiado parcialmente y se observa un avance y apoyo a la igualdad de género, al menos en sus discursos, como un fin deseado y reconocido. Con las nuevas generaciones, el cambio es más evidente; sin embargo, con sus padres o hermanos se siguen reproduciendo las brechas históricas de género, lo que muestra las dificultades de cambiar un patrón de género con las familias de origen, tal como indica la siguiente entrevistada:

> Entonces eso es romper cadenas [que sus hijos hagan tareas domésticas], porque mis hermanos no, mis hermanos eran machistas, ellos no podían barrer porque eran hombres, cómo van a lavar la loza si son hombres. Entonces en mí ya se cortó eso... pero si nosotros nos vamos a los extremos o es muy permisivo o es muy... somos el limbo, que o para allá o para acá, no tenemos un centro, yo creo que eso es lo que, a lo mejor falta, el centro. Natalia, 67, *packing* / huerto.

El corte de cadenas ancestrales de prácticas y sistemas de creencias de género supone una transformación difícil. Pero cuando ocurre, conlleva un alivio de la carga de trabajo. No obstante, la apertura a lo nuevo también implica niveles de incertidumbre y la posibilidad de que las cosas se descontrolen y el futuro se convierta en un destino no deseado. De la alegría inicial se pasaría al miedo y la desconfianza depositada en su propio avance y en el de otras. Cuando estas respuestas emocionales de protección se exacerban puede pervertirse el sentido original del cambio en el orden de género que llevó a una redistribución de la carga de trabajo, convirtiendo el adelanto en una nueva subyugación para las propias mujeres.

La liberación doméstica y tranquilidad en el ejercicio de la maternidad se concreta en una redistribución de tareas basadas en la colaboración, donde participan hijas mayores y pareja, que suele asociarse a la confianza y el amor como motores para el funcionamiento del hogar. Pero principalmente, para el cuidado y control del hijo adolescente, el más pequeño y vulnerable del hogar, como se observa en el siguiente relato:

> Cuando me voy, él [marido] sabe ya lo que tiene que hacer, despertar a mi hijo, darle desayuno, que se vaya al colegio, igual tiene 15 años pero tiene que hacer eso, yo le dejo la comida hecha, y él sabe [marido] que yo tengo unos pollos, tiene que darle comida, alimentar a los perros... después él se va a trabajar en la tarde, y ahí

> yo ya le doy comida a los pollos, preocuparme de lavar, de dejarle la comida cuando están ellos acá..., si mi hija está estudiando, cuando llega se preocupa de hacer el aseo. Entre todos nos ayudamos, el más flojito aquí es mi hijo, pero los demás todos nos movemos..., estamos los tres ahí encima de él..., porque yo no puedo trabajar y dejarlo ahí, porque he tenido muchos problemas con él, no lo puedo dejar solo, primero está mi hijo, antes que nada. Nuria, 53, *packing*.

Aunque la mayoría destaca un reparto de roles más igualitario que el de sus generaciones precedentes, persiste cierta reticencia a que algunos hombres realicen tareas domésticas, basándose en cuestiones y creencias cotidianas que consolidan la herencia tradicional de género. El ámbito en el que menos transformación se observa es el de la imagen materna, ya que el cuidado, la crianza y el control parental se siguen considerando una prerrogativa de las mujeres, como ejercicio ineludible del deber materno. La identidad de estas entrevistadas sigue reproduciendo las cualidades asociadas al género femenino: amor, dulzura y dedicación a los demás, lo cual se concreta en su adscripción al hogar y a la maternidad, como primera regla normativa de sus vidas.

Discusión

Las normas emocionales que funcionan como control social o "reglas de sentimiento" (Hochschild, 1983) definen que las trabajadoras agrícolas estén motivadas para realizar un trabajo exigente y continuo durante el periodo de cosecha. Para enfrentarse a ello, gestionan sus emociones ya sea suprimiéndolas o reforzándolas según sea la jerarquía normativa emocional a la que adhieren, encontrándose cierta similitud entre las trabajadoras agrícolas de huerto y packing en dicha gestión.

El trabajo temporal tiene como principal característica la inestabilidad en la generación de ingresos e intensidad del esfuerzo físico y mental en los tres meses de mayor confluencia de oferta laboral, dada la concentración de monocultivos en los territorios rurales, que da empleo, pero en tiempos cada vez más acotados. Dicho contexto de jornadas extensas, sobre todo si hacen más de un turno o un empleo, junto con las formas de pago a destajo (por unidad de medida), genera que las posibilidades de espaciar el esfuerzo y negociar el desgaste consigo mismas y otros se reducen, produciendo un cuerpo explotado de valor de uso a valor de cambio. En esta dinámica laboral, las trabajadoras gestionan sus emociones por el beneficio a corto plazo y por la expectativa de cesantía futura, aún a costa de su desgaste físico.

Tanto en huerto como en centros de empaque, el trabajo en la cadena fordista es exigente en esfuerzo físico continuo y rutinario que deja al cuerpo dolorido en al menos dos momentos reconocibles, donde las emociones profundas interactúan con las emociones superficiales (Bolton y Boyd, 2003; Hochschild, 1979 y 1983). El primero, al finalizar la jornada, el cuerpo de las entrevistadas se resigna al descanso (reduciendo la vida a dos momentos: trabajo y descanso), mientras naturalizan su dureza como experiencia tradicional en las zonas rurales. La dureza se encubre con orgullo personal, debido a la inclinación al trabajo y a la capacidad de resistirlo en nombre de la familia y de las metas personales.

Sin embargo, el ocultamiento del trabajo duro no puede revertir el progresivo desgaste físico y emocional: "De primera andábamos todos ahí contentos, pero después cuando llevas varias semanas, ya andai agotado igual, quieres que termine luego" (Amanda, 34, huerto), lo cual termina erosionando la adhesión inicial. Y un segundo punto de inflexión se produce al finalizar la temporada, cuando se esconde el cuerpo dolorido tras una máscara de esfuerzo para alcanzar las metas de ingresos económicos que permitan satisfacer las expectativas de consumo y bienestar familiar.

El orgullo por el esfuerzo realizado no sólo opera como valoración positiva del sacrificio, sino también como una forma de transformar la inseguridad que impregna cada inicio de temporada en una confianza por un futuro más seguro. En otras palabras, la experiencia emocional se resignifica siguiendo una estructura temporal de inicio y fin de temporada.

Desde esta perspectiva, las "reglas de sentimiento" o función de control moldean la responsabilidad o el compromiso en unas condiciones laborales estrictas y exigentes durante un periodo limitado, que deja casi en un segundo plano los demás ámbitos de la vida, bajo la idea del esfuerzo por la familia. Y, a la vez, ese control es expresión y continuidad de historias familiares campesinas que también normalizaron ese trabajo. Se trata de experiencias vividas que dialogan permanentemente con su pasado familiar campesino, un presente como temporera y proyecciones de bienestar (Denzin, 2007). Para algunas, este diálogo temporal es más permanente; por ejemplo, entre quienes trabajan exclusivamente durante la temporada agrícola.

A diferencia del trabajo en el huerto, en el *packing* se requiere trabajo en equipo para cumplir los objetivos de productividad en la cadena de ensamblaje. Es en las relaciones con otras trabajadoras agrícolas cuando surge

el control social hacia las jóvenes o nuevas trabajadoras ante una reducción (real o aparente) de productividad. Ante esta situación, las trabajadoras pueden sentir vergüenza o humillación, por lo que redoblan la intensidad de la energía física y mental que vuelcan en su trabajo, no siempre alcanzando la misma productividad que sus colegas.

Estas trabajadoras se adaptan a lo que se espera de ellas: ser más rápidas y mostrar más colaboración o devoción por el trabajo. Es un intento de implicarse de verdad para lograr las metas colectivas, sin que pueda alternar el sentimiento interno de insatisfacción, convirtiéndose sólo en una actuación superficial (Bolton y Boyd, 2003). La "disonancia emocional" (Hochschild, 1983) se produce cuando las jóvenes sienten que se esfuerzan por hacer el mejor trabajo posible y, sin embargo, otras trabajadoras no lo perciben así, por lo que viven con una sensación de extrañamiento o angustia respecto a lo que realmente pueden lograr, lo cual afecta a su identidad como trabajadoras (Wharton, 2009).

En algunos centros de empaque, la carga de trabajo supera las capacidades de las empleadas, lo que provoca situaciones de sufrimiento que las entrevistadas viven con tristeza por lo demandante y por no tener otra opción laboral en la temporada que les permita subsistir el resto del año. La tristeza se gestiona hablando, como forma de no perder la oportunidad de reafirmarse, compartiendo detalles de su vida doméstica, y todas se alegran juntas, porque empatizan con la vida en común. Con el júbilo surgido de la interacción amortiguan la explotación que viven subjetivamente, dándole continuidad al ciclo laboral.

En el trabajo no remunerado también se observa una jerarquización emocional basada en el mandato de género, al que las entrevistadas se adhieren consistentemente en lo que respecta a la obligación de priorizar afectiva y moralmente el cuidado de hijos/as por encima de sus otras tareas. El cansancio en el hogar se produce por la mayor carga mental que supone la responsabilidad moral del cuidado y la culpa por no priorizar a sus hijos/as en su vida, a pesar del avance moderado en corresponsabilidad que reconocen.

Las entrevistadas intentan minimizar u ocultar la mayor carga de trabajo doméstico, mientras que la solidaridad familiar en ocasiones se ve tensionada por las desigualdades reales en la distribución de tareas. Pese al cansancio por el trabajo doméstico, la preocupación constante por el bienestar de sus hijos/as refuerza su identidad materna como fuente de dignidad moral y reconocimiento. Si el cansancio se siente de forma inevitable, entonces se activa el deber amoroso y, como recompensa emocional por la sobrecarga, se obtiene el orgullo de ser madre.

La colaboración o la devoción al trabajo requieren una intensidad constante y sobreexigida con un objetivo claro, como el bienestar familiar, lo cual finalmente permite la regulación emocional (Iñigo, 2001). El cuerpo dolorido marca el límite consciente de la precariedad sufrida y acaba normalizándose durante la temporada, de modo que la exigencia física se convierte en un desgaste permanente que se asimila a la práctica laboral.

Las entrevistadas encuentran una salida emocional en la revisión de la vida doméstica, que se convierte en un recurso valioso que activa la devoción por el trabajo. Desde una mirada interseccional, las estrategias que utilizan para afrontar los malestares posteriores al trabajo se diferencian por tramos de edad. Las más jóvenes y sin hijos/as lo hacen por medio del consumo (viajes y tecnología), que les permite los ingresos que generan, cuestión que está ausente en las mayores de 35 años y con hijos/as.

Conclusiones

Los estudios actuales sobre las condiciones de vida de las trabajadoras agrícolas han puesto de manifiesto la relación existente entre los trabajos productivo y reproductivo; esto permite explicar cómo la transferencia emocional entre ellos facilita la reproducción del orden de género. Las trabajadoras entrevistadas gestionan de distintas formas las emociones que les producen sus trabajos remunerados y no remunerados: resisten el dolor en nombre de las metas o la subsistencia, afrontan la vergüenza intensificándola ante el control social y encaran la tristeza con los recuerdos familiares. Su identidad se configura a partir de emociones que se activan para afrontar las precarias condiciones de vida: son trabajadoras sacrificadas que resisten con orgullo el duro trabajo, solidarias que proporcionan contención emocional a los/as demás y madres moralmente responsables de sus familias.

Sin embargo, esta articulación del orgullo, el sacrificio, la solidaridad y la responsabilidad moral, eficaz socialmente para la reproducción de la vida, opera también como una trampa: al interiorizar y enaltecer estas emociones, las trabajadoras agrícolas refuerzan disposiciones que dificultan la problematización de sus propias condiciones de vida. Así, la responsabilidad de garantizar unas condiciones de trabajo decentes se desplaza a su esfera íntima, atenuándose la exigencia dirigida a otros, como empleadores y familiares, de proveérselas. Todo esto se tensiona en un contexto familiar en que las redes de apoyo son cada vez menores, aumentando la carga de responsabilidades a la madre proveedora.

La resignificación del espacio laboral como uno de deshago es bastante significativo al permitir ver los claroscuros de las mujeres trabajadoras en la fruticultura. Este espacio de encuentro es una de las estrategias que les ayuda a gestionar sus emociones. El artículo ha evidenciado la existencia de estereotipos de género. Las mujeres realizan labores que demandan docilidad, además de fuerza y resistencia. Madres trabajadoras, que complementan el cuidado con la co-provisión, dan prioridad a la familia antes que a ellas mismas, dejando abierta una reflexión sobre la ambivalencia de los cambios relativos a la autonomía individual y como sujeto colectivo.

Respecto a las preguntas de investigación iniciales del artículo, concluimos que las trabajadoras agrícolas estudiadas viven y significan emocionalmente la relación entre su trabajo productivo y reproductivo como una permanente tensión, entre los esfuerzos por cumplir en ambos espacios, dada la baja corresponsabilidad. Cuestión que se diferencia de acuerdo con la edad y ciclo de vida, experimentándose con menos culpa e intensidad esta superposición de esfuerzos en las más jóvenes.

Respecto a la segunda pregunta, referida a los elementos identitarios de género que se asocian al trabajo emocional de las trabajadoras agrícolas según sus experiencias laborales y familiares, concluimos que la búsqueda de una gestión eficaz hace que se desplace la responsabilidad hacia su vida íntima, atenuándose la exigencia dirigida a las familias, empleadores y al Estado. Por su parte, el supuesto inicial se cumple, las trabajadoras gestionan con ambivalencia la confluencia de emociones derivadas del cruce de ambos trabajos, pues se mantienen modelos de identidades de género que legitiman el cuidado maternal, el sacrificio y la baja corresponsabilidad.

Las principales limitaciones del artículo son su alcance, dado que al ser cualitativo no busca la generalización, sino una interpretación intersubjetiva de las narrativas de las entrevistadas. Finalmente, estos resultados tienen una serie de implicaciones para otros estudios. Una primera línea de investigación podría estudiar la gestión colectiva de las reglas del sentimiento a partir del diálogo entre trabajadoras agrícolas y las que son percibidas por supervisores y empleadores. Una segunda línea de investigación podría explorar la gestión emocional relativa al acceso al dinero, el poder y el estatus social, que son la base de las emociones aquí descritas. Una tercera orientación sugiere comprender en detalle la gestión emocional en torno a las negociaciones que surgen en el hogar por el cuidado y las tareas domésticas mediante técnicas conversacionales grupales.

Referencias

Ahmed, Sara (2004). *The Cultural Politics of Emotion.* Inglaterra: Routledge.

Álvarez-Gayou, Juan Luis (2003). *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodología.* México: Paidós.

Arango-Gaviria, Luz (2015). Cuidado, trabajo emocional y mercado: los servicios estéticos y corporales. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia* (7). DOI: 10.17151/rlef.2015.7.7.

Ariza, Marina (2020). Introducción. La apuesta por la inclusión de la dimensión emocional en la investigación social. En Marina Ariza (coord.). *Las emociones en la vida social: miradas sociológicas.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Barbalet, Jack (1996). Social Emotions: Confidence, Trust and Loyalty. *International Journal of Sociology and Social Policy, 16*(9/10). DOI: 10.1108/eb013270.

Barbalet, Jack (1998). Emotion in social life and social theory. En Jack Barbalet. *Emotion, Social Theory, and Social Structure. A Macrosociological Approach*. Inglaterra: Cambridge University Press. Recuperado de https://assets.cambridge.org/97805216/21908/sample/9780521621908ws.pdf.

Barbalet, Jack (2002). Introduction: why emotions are crucial. *The Sociological Review, 50*(2). DOI: 10.1111/j.1467-954X.2002.tb03588.x.

Barrientos, Stephanie *et al.* (2004). The gender dimensions of the globalization of production. Geneva: Working Paper No. 17. *International Labour Organization.* Recuperado de https://researchrepository.ilo.org/esploro/outputs/encyclopediaEntry/The-gender-dimensions-of-the-globalization/995328537002676.

Bendini, Mónica y Steimbreger, Norma (2016). Trabajo predial y extrapredial en áreas de vulnerabilidad social y ambiental de Argentina. En Alberto Riella y Paola Mascheroni (coords.). *Asalariados rurales en América Latina*. Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Recuperado de https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20151229035324/AsalariadosRuralesEnAmericaLatina.pdf.

Bengoa, José (2020). Sociedad mapuche rural. 40 años. *Le Monde Diplomatique.* Recuperado de https://www.lemondediplomatique.cl/sociedad-mapuche-rural-40-anos-por-jose-bengoa.html.

Bericat, Eduardo (2000). La sociología de la emoción y la emoción en la sociología. *Papers. Revista de Sociología*, *62*. DOI: 10.5565/rev/papers/v62n0.1070.

Bericat, Eduardo (2015). The sociology of emotions: Four decades of progress. *Current Sociology, 64*(3). DOI: 10.1177/0011392115588355.

Bericat, Eduardo (2016). Problemas sociales, estructuras afectivas y bienestar emocional. En Antonio Trinidad y Mariano Sánchez (eds.). *Marcos de análisis de los problemas sociales. Una mirada desde la sociología.* España: Los libros de la Catarata.

Biblioteca del Congreso Nacional (2022). *Caracterización socioeconómica de las temporeras y temporeros en Chile.* Chile: Asesoría Técnica Parlamentaria. Recuperado de https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=repositorio/10221/33299/1/Caracterizacion_socioeconomica_de_las_temporeras_y_temporeros_en_Chile.pdf.

Bolton, Sharon y Boyd, Carol (2003). Trolley dolly or skilled emotion manager? moving on from Hochschild's Managed Heart. *Work, Employment and Society, 17*(2). DOI: 10.1177/0950017003017002004.

Burke, Peter (2008). Identity, social status, and emotion. En Jody Clay-Warner y Dawn Robinson (eds.). *Social structure and emotion*. DOI: 10.1016/B978-0-12-374095-3.00005-7.

Caro, Pamela y Cárdenas, María Elvira (2022). Entramados de la precariedad del trabajo (productivo y reproductivo) de mujeres migrantes en la fruticultura del Valle Central de Chile. *Rumbos* (28). DOI: 10.51188/rrts.num28.695.

Caro, Pamela *et al.* (2024). Precariedad subjetiva y reconocimiento en las trayectorias del trabajo de temporeras de la fruta en Chile. *Universum, 39*(2). DOI: 10.4067/s0718-23762024000200639.

Cascales Mira, María (2022). Efectos del trabajo emocional en el agotamiento y la satisfacción laboral de los trabajadores en España. *Papers, 107*(1). DOI: 10.5565/rev/papers.2965.

Censo Agropecuario (2021). *Síntesis de resultados*. Chile: Instituto Nacional de Estadísticas. Recuperado de https://www.ine.gob.cl/censoagropecuario.

CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2012). *Empleo y condiciones de trabajo de mujeres temporeras agrícolas.* Chile. Recuperado de https://www.cepal.org/es/publicaciones/1448-empleo-condiciones-trabajo-mujeres-temporeras-agricolas-tomo-1.

Cerda, Claudia (2022). Nueva configuración en el sector agroexportador de uva en Chile: biotecnología y precarización por migración. En Julián Dasten y Ximena Valdés (eds.). *Sociedad Precaria*. Chile: LOM.

Cuevas, Hernán y Budrovich, Jorge (2020). La neoliberalización de los puertos en Chile: el caso de la ciudad-puerto de Valparaíso. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (38). DOI: 10.4206/rev.austral.cienc.soc.2020.n38-17.

Denzin, Norman (2007). Introduction: Studying Emotion. En Norman Denzin (ed.). *On Understanding Emotion*. Estados Unidos: Taylor y Francis.

FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura) (2025). *Trabajo decente e informalidad en el sector agropecuario de América Latina 2019-2023*. Recuperado de https://www.ilo.org/sites/default/files/2025-12/Trabajo%20decente%20e%20informalidad%20sector%20agropecuario%202019-2023.pdf.

Flick, Uwe (2004). *Introducción a la investigación cualitativa*. España: Morata.

Funk, Laura *et al.* (2018). The Emotional Labor of Personal Grief in Palliative Care: Balancing caring and professional identities. *Qualitative Health Research, 27*(14). DOI: 10.1177/1049732317729139.

Gadea, María Elena *et al.* (2021). Organización del trabajo y culturas laborales en los feminizados almacenes de la globalización agroalimentaria. *Arxius*, (43). Recuperado de https://turia.uv.es/index.php/arxius/es/article/view/29082.

Hernández Ramírez, Verónica (2008). Reseña de "Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo". *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social,* (13). DOI: 10.5565/rev/athenea.506.

Hernández, María de Jesús *et al.* (2020). Comunicación de crisis ante la precariedad laboral en las organizaciones. *Revista de Ciencias Sociales*, *26*(4). DOI: 10.31876/rcs.v26i4.

Hiriata, Helena y Kergoat, Daniéle (1997). *La división sexual del trabajo. Permanencia y cambio*. Argentina: Asociación Trabajo y Sociedad (Argentina), Centro de Estudios de la Mujer (Chile) y Piette del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina).

Ho, Ka Yan *et al.* (2019). A feminist phenomenology on the emotional labor and morality of live-in migrant care workers caring for older people in the community. *BMC geriatrics, 19*(314). DOI: 10.1186/s12877-019-1352-3.

Hochschild, Arlie (1979). Emotional Work, Felling Rules, and Social Structure. *American Journal of Sociology, 85*(3). Recuperado de https://www.jstor.org/stable/2778583.

Hochschild, Arlie (1983). *The managed heart: commercialization of human feeling.* Estados Unidos: University of California Press.

Husso, Marita e Hirvonen, Helena (2011). Gendered Agency and Emotions in the Field of Care Work. *Gender, Work y Organization, 19*(1). DOI: 10.1111/j.1468-0432.2011.00565.x.

Illouz, Eva (2007). *Cold Intimacies. The Making of Emotional Capitalism.* Estados Unidos: Polity Press.

Iñigo, David (2001). Evolución del concepto de trabajo emocional: dimensiones, antecedentes y consecuentes. Una revisión teórica. *Revista de Psicología del Trabajo y de las Organizaciones, 17*(2). Recuperado de https://www.redalyc.org/pdf/2313/231324550001.pdf.

Leiva, Sandra y Comelin, Andrea (2026). Gestión de emociones de ultraintensidad: trabajadoras domésticas migrantes en Chile. *Revista CUHSO, 36*(1). DOI: 10.7770/cuhso-v36n1-art725.

Ministerio de Desarrollo Social y Familia (2022). *Síntesis de Resultados Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional 2022.* Chile: Observatorio Social. Recuperado de https://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/encuesta-casen-2022.

Ministerio de Desarrollo Social y Familia (2024). *Presentación de resultados Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional 2024.* Chile: Observatorio Social. Recuperado de https://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/encuesta-casen-2024.

Molinier, Pascale y Paperman, Patricia (2020). Liberar el cuidado. *Cuadernos de Relaciones Laborales, 38*(2). DOI: 10.5209/crla.70893.

ODEPA (Oficina de Estudios y Políticas Agrarias) (2025). *Boletín de fruta, enero 2025.* Recuperado de https://www.odepa.gob.cl/publicaciones/boletines/boletin-de-fruta-enero-2025#:~:text=Superficie%20y%20Producci%C3%B3n%20actualizaci%C3%B3n%202024,5%20de%208%2C3%25.

Olea-Peñaloza, Juan y Baeza-Rivas, Felipe (2022). Modernizaciones socioterritoriales en la Región de O'Higgins: Transiciones productivas en el espacio rural. *Revista Espacios*, *12*(22). DOI: 10.25074/07197209.22.2106.

PLADECO Teno (Plan de Desarrollo Comunal) (2022). *Informe Final Actualización Plan de Desarrollo Comunal Teno*. Recuperado de https://www.teno.cl/portal2/Pladeco/PLADECO%20VERSION%20FINAL%20TENO%20(2).pdf.

PLADECO Romeral (Plan de Desarrollo Comunal) (2022). *Plan de Desarrollo Comunal Comuna de Romeral. Ilustre Municipalidad de Romeral*. Recuperado de https://muniromeral.cl/romeral/wp-content/uploads/2022/08/Pladeco.pdf.

Pérez, Rodrigo (2023). Estado actual y transformaciones del empleo rural en América Latina. Un análisis del caso de Chile. *Chilean Journal of Agricultural & Animal Sciences*, *39*(1). DOI: 10.29393/chjaa39-10earp10010.

Pérez, Rodrigo y Krivonos, Ekaterina (2021). The effects of trade openness on rural-urban sectoral employment, wages, and earnings: Evidence from Peru's second wave of trade liberalization. *The Journal of International Trade & Economic Development*, *30*(8). DOI: 10.1080/09638199.2021.1936134.

Pérez, Rodrigo *et al.* (2020). *Empleo y distribución de los ingresos de los trabajadores agrícolas en Chile 1998-2017*. Chile: Oficina de Estudios y Políticas Agrarias. Recuperado de https://bibliotecadigital.ciren.cl/server/api/core/bitstreams/56d9d7fe-6ea8-4731-836f-0907e6d078d9/content.

Puyana, Alicia (2017). El retorno al extractivismo en América Latina. ¿Ruptura o profundización del modelo de economía liberal y por qué ahora? *Espiral (Guadalajara)*, *24*(69). Recuperado de https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-05652017000200073.

Rai, Shirin *et al.* (2014). Depletion. *International Feminist Journal of Politics, 16*(1). DOI: 10.1080/14616742.2013.789641.

Sabido, Olga (2011). El cuerpo y la afectividad como objetos de estudio en América Latina: intereses temáticos y proceso de institucionalización reciente. *Sociológica*, *26*(74). Recuperado de https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732011000300002.

Saxton, David (2014). Seth M. Holmes: Fresh Fruit, Broken Bodies: Migrant Farmworkers in the United States. *Human Ecology,* (42). DOI: 10.1007/s10745-013-9623-7.

Schmitz, Sigrid y Ahmed, Sara (2024). Affect/Emotion-Orientation Matters: A Conversation between Sigrid Schmitz and Sara Ahmed. *FZG-Freiburger Zeitschrift für GeschlechterStudien, 20*(2). DOI: 10.3224/fzg.v20i2.17137.

Scribano, Adrián (2016). Cuerpos, emociones y sociedad en Latinoamérica: Una mirada desde nuestras propias prácticas. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad,* (20). Recuperado de https://www.redalyc.org/pdf/2732/273245298003.pdf.

Tarrés, María Luisa (2008). *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social.* México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y Colegio de México.

Taylor, Steve (1998). Emotional Labour and the New Workplace. En Paul Thompson y Chris Warhust (eds.). *Workplaces of the Future. Critical Perspectives on Work and Organisations.* Reino Unido: Palgrave. DOI: 10.1007/978-1-349-26346-2_5.

Tocino Rivas, Manuel (2023). El "capitalismo emocional" en Eva Illouz: Un análisis transversal del concepto y sus ambivalencias. *Revista de Filosofía, 48*(2). DOI: 10.5209/resf.79203.

Valdés, Ximena (2022). De trabajadores invisibles a trabajadores "esenciales": temporeras y temporeros en la agricultura de exportación. En Dasten Julián y Ximena Valdés (eds.). *Sociedad precaria. Rumores, latidos, manifestaciones y lugares*. Chile: LOM.

Valdés, Ximena (2023). Geografías laborales precarias en agriculturas globalizadas. Feminización, etnicidad y migraciones. *Investigaciones Geográficas (Chile)*, (65). DOI: 10.5354/0719-5370.2023.70170.

Valero, Andrea *et al.* (2015). Condicionantes de género, empleo y trabajo y su posible vínculo con afecciones y dolencias musculoesqueléticas y psicosociales de temporeras frutícolas de packing agroindustrial de la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, Chile. *Ciencia y Trabajo, 17*(53). DOI: 10.4067/S0718-24492015000200003.

Wharton, Amy (2009). The Sociology of Emotional Labor. *Annual Review of Sociology,* (35). DOI: 10.1146/annurev-soc-070308-115944.

Yang, Chen y Chen, Aihua (2021). Emotional labor: A comprehensive literature review. *Human Systems Management,* (40). DOI: 10.3233/HSM-200937.

Anexo

Características de la muestra

	Nombre ficticio	Comuna (*)	Edad	Con quién vive (edad hijos/as)	Apoyos para cuidar a dependientes	Tipo de hogar-participación en ingresos y tipo de trabajo	Trabajo principal (**)
1	Amanda	T	34	Hijo (5)	Madre y hermana	Jefatura de hogar monoparental, trabaja todo el año en diversas labores	H
2	Beatriz	T	55	Marido, hijas (22 y 25) y nieta (5)	Cuida a la nieta en ocasiones	Hogar con ingresos duales, trabaja sólo temporada	H
3	Eliana	T	46	Viuda, hija (26) y madre	Sin dependientes a su cuidado	Hogar con ingresos duales (pensión de viudez, pensión de mamá e hija trabajando), trabaja sólo temporada	H
4	Elcira	R	38	Marido, hija (20) e hijo (6, discapacidad mental)	Hija y marido	Segundo ingreso, trabaja sólo temporada	H
5	Carla	T	58	Marido hija/o (31, 28 y 24)	Sin dependientes	Segundo ingreso, trabajo permanente	P

6	María	T	53	Marido	Sin dependientes	Hogar con ingresos duales, enlaza temporadas de fruta	P
7	Marina	R	45	Hijo (13)	Sin apoyo	Jefatura de hogar monoparental, complementa con otro trabajo anual	P
8	Nuria	T	53	Marido e hijos (22 y 15)	Marido, mamá, hija	Hogar con ingresos duales, trabajo permanente	P
9	Pepa	T	50	Marido e hijas (33 y 25) y nieto	Cuida a la nieta en ocasiones	Ingreso secundario, trabaja sólo temporada	H
10	Yanira	T	47	Madre, hija (20)	Sin dependientes	Jefatura hogar monoparental, complementa con otro trabajo al año	H
11	Martina	T	70	Marido e hija (51, 43 y 42)	Sin dependientes	Hogar con ingresos duales, complementa su ingreso como cuenta propia durante el año	H
12	Rocío	R	76	Marido	Sin dependientes	Hogar con ingresos duales, trabaja sólo temporada	P
13	Sara	T	76	Hija (45)	Sin dependientes	Pensionada, hija ingreso principal	H
14	Miriam	T	70	Marido, hija (52)	Sin dependientes	Hogar con ingresos duales, trabajo por temporada	H
15	Laura	T	91	Viuda, hija (47) y nieta (18)	Sin dependientes	Dueña de casa, hija ingreso principal	H
16	Natalia	T	67	Viuda e hijos (38, 36, 27, 44 y 24)	Sin dependientes	Dueña de casa, ingresos de sus hijos	P/H
17	Blanca	R	28	Marido e hijastra	Sin apoyo	Hogar con ingresos duales, trabaja sólo temporada	H

18	Clara	T	27	Mamá, papá, hermanos	Sin dependientes	Hogar con ingresos duales, trabaja sólo temporada	P
19	Cecilia	T	29	Mamá	Sin dependientes	Jefatura de hogar monoparental, apoya al ingreso principal, trabaja sólo temporada	H
20	Elvira	T	25	Papá, mamá, hermana	Sin dependientes	Hogar con ingresos duales, apoya al ingreso principal familia, trabaja sólo temporada	P
21	Fabiola	T	24	Mamá, papá, abuela	Sin dependientes	Hogar con ingresos duales, trabaja sólo en la temporada	P/H
22	Jacinta	R	26	Mamá y papá	Sin dependientes	Hogar con ingresos duales, trabaja sólo en la temporada	P
23	Pilar	T	26	Mamá e hijo (6)	Mamá	Jefatura de hogar monoparental, trabaja todo el año	P
24	Tamara	T	25	Mamá	Sin dependientes	Jefatura de hogar monoparental, apoya al ingreso principal, trabaja sólo temporada	P/H

Fuente: Elaboración propia.
Nota: (*) T= Teno. R= Romeral.

(**) H = Huerto. P = *Packing*. P/H= *Packing* y Huerto

Lorena Armijo. Doctora en Sociología por la Universidad Complutense. Profesora titular en la Universidad Católica Silva Henríquez, Chile. Especializada en sociología del trabajo, sociología del cuidado y políticas de conciliación trabajo/familia. Líneas de investigación: emprendimiento de mujeres, organización social del cuidado y políticas públicas. Publicaciones recientes: 1) Caro, Pamela y Armijo, Lorena (2025). Tensiones en la protección laboral e individualización de los riesgos. Las temporeras de la agroindustria en el Valle Central de Chile. *Espacio abierto: Cuaderno Venezolano de Sociología*, *34*(4). DOI: 10.5281/zenodo.16950353. 2) Armijo, Lorena, Román-Alonso, Helena, Flores, Catalina y Lavin, Emanuel (2025). The Complex Relationship Between Self-Employment and Work-Family Conflict: A Systematic Review on changing work status. *Sociologia del Lavoro*, (2024). DOI: 10.3280/SL2024-170011. 3) Armijo, Lorena, Julián, Dasten y Ananías, Rubén (2024). Emprender en precariedad, vivir en incertidumbre: recursos personales y sociales de microemprendedores/as en la Región Metropolitana de Chile. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad, 23*(2). DOI: 10.5027/psicoperspectivas-vol23-issue2-fulltext-3076.

Pamela Caro. Doctora en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago de Chile. Directora del Centro de Investigación y Estudio en Familia, Trabajo y Ciudadanía (CIELO), Universidad Santo Tomás, Chile. Profesora titular de la Universidad Santo Tomás. Líneas de investigación: ruralidad, trabajo y género. Publicaciones recientes: 1) Caro, Pamela, Armijo, Lorena y Cárdenas, María Elvira (2023). Precariedad(es), agencia(s) y vejez en temporeras de la fruta en Chile. *Convergencia Revista de Ciencias Sociales, 30*. Recuperado de https://convergencia.uaemex.mx/article/view/21572. 2) Caro, Pamela, Madrid, Daniela y Cárdenas, María Elvira (2023). Work-parenthood conflicts at the operator and professional levels in Chile's mining industry: a gender analysis. *Journal of Family Studies*, *29*(4). DOI: 10.1080/13229400.2022.2053336. 3) Caro Molina, Pamela, González Cid, Claudia y Cisternas, Pía (2025). Temporeros/as de la fruticultura intensiva globalizada: Mercados dinámicos, precariedades persistentes y perfiles laborales emergentes. *Rumbos TS*, 20(35). DOI: 10.51188/rrts.num35.1017.